

A veces prosa

Palabras para saludar *Si en otro mundo todavía*

Adolfo Castañón

La escritura, la obra y la persona de Jorge Fernández Granados se han ido acercando a mí poco a poco desde hace años. Probablemente él me había visto, sin que yo lo advirtiera, antes que yo a él —lo cual sugiere que es dueño de una mirada incisiva y que, por así decir, no se siente: una mirada acostumbrada a ese “otro mundo” que anuncia el título de este volumen¹ que reúne 82 poemas de seis libros.

Si Jorge nació en 1965 y yo en 1952, esto significa que hay 13 años de distancia entre nosotros. Sin embargo, no es Jorge Fernández Granados un poeta joven, quizá nunca lo fue. Lo recuerdo asistiendo a alguna comida en el restaurante La Capilla Salvador Novo de Coyoacán en compañía de Alberto Blanco y otros amigos. Percibía yo en su persona la audacia contenida de un felino, la afelpada elegancia de un ser acostumbrado a moverse sin ser sentido en la penumbra, a mirar las cosas desde otro ángulo. Sus palabras acusan desde el inicio una insólita solvencia y madurez. Más aun: cabría decir que el libro púrpura que ha venido escribiendo a lo largo de los años (es una mera coincidencia que el volumen de 226 páginas esté encuadernado en amarillo), se brinda como una obra plena y habitada por la plenitud del juicio crítico que, a la manera de una alhaja invisible y fulgurante sobre la frente, guía los pasos de este vástago de la palabra poética a cuya sombra he venido hoy a descansar leyendo para mí y para ustedes algunos de sus insondables poemas, a los cuales no quisiera sacrificar en el altar de ninguna influencia, o

ascendiente, corriente o escuela, como se suele hacer en los claustros y establos de la crítica al uso. El lector podrá reconocer en la escritura de Fernández Granados un pulso certero en el comercio con la ausencia, la distancia, la muerte, la soledad. Fernández Granados sabe hacer de estos parámetros ineludibles de la condición humana lugares habitables. Es también un artesano que sabe traducir con destreza la condición particular e intransferible de ciertos lugares capaces de atravesar el tiempo: de ahí que el adverbio *todavía* cobre en el título que ampara estas analectas personales una inédita gravedad. No, Fernández Granados no es un “poeta joven”. Se yergue a sus 47 años como una ceiba inesperada que rompe el frágil pavimento de nuestros panoramas críticos con una poderosa voz en la que resuena algo muy antiguo, también algo muy nuestro. A partir de las 82 composiciones que arman este autorretrato personal de un poeta que aspira ante todo a la impersonalidad, se podría delinear un paisaje, más que un rostro. No se trata precisamente de un paisaje lunar ni saturnal. Es un ámbito regido por la estrella de la mañana, Venus, el planeta que rige las afinidades electivas, es decir, la decisión de afinarse con el otro o con lo otro. Me imagino a Jorge Fernández Granados caminando al amanecer luego de haber combatido largamente, como Jacob, con el ángel de su guarda; luego de haber hecho aullar al enemigo albino que custodia la reconciliación. Me imagino a Fernández Granados encaminándose entre las cenizas de la madrugada hacia el invisible árbol de los poetas para recoger las hojas que caen y que ahora él ha elegido para nosotros. Saludo a esta librería Octavio Paz, a través de una *Antología personal*, publica-

da por la oaxaqueña Almadía, de una de las voces más sabias y prometedoras, llenas de savia, de la peregrina arboleda de nuestra lírica. No quisiera fatigar al público con la enumeración de los premios recibidos por Jorge, ya que a mis ojos y oídos el único premio plausible se da en la felicidad de la lectura. Jorge es, por cierto, autor de no pocas frases felices.

Mínimos Ulises

Jorge Fernández Granados

Islas, nos perdemos
por las calles de una noche
siempre por una luz, quizá remota.
Calle abajo, el claroscuro doméstico
se arropa en una taza de café
que agita la nerviosa porcelana de la
[lluvia.

Las lámparas escuchan
otros pasos que se alejan
en este día de diálogos de piedra.

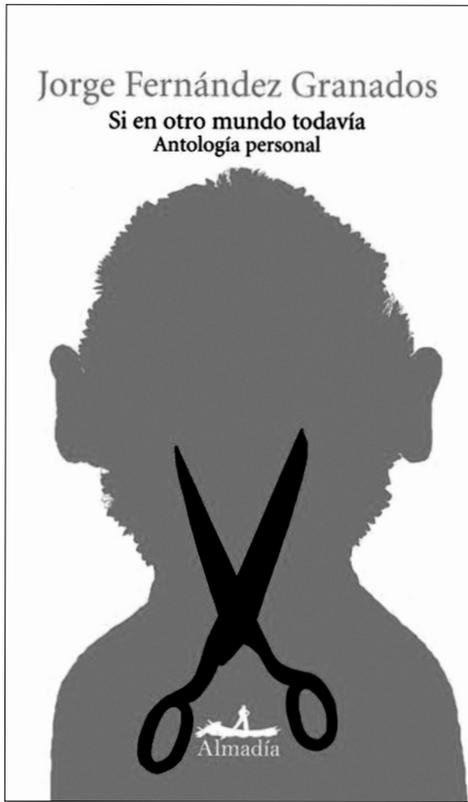
Al volver a los sitios que quedaron
como dormidos de pie, desiertos
cenotafios de casera muerte en cajas
o habitados ya por otros
—huellas diversas de las mismas
[manos—,
que toman el relevo quizá con la
[esperanza
de que la vida alguna vez cambie de
[tema.
Lugares hechos a la medida de nuestras
[debilidades
donde alguna vez fuimos lo mismo
pero de otra manera, acaso más modesta.

Al volver a sentir, como en un templo,
el misántropo ajedrez de los mosaicos,

¹ Jorge Fernández Granados, *Si en otro mundo todavía. Antología personal*, Almadía/Conaculta (Dirección General de Publicaciones), Oaxaca/México, 2012, 226 pp.

Jorge Fernández Granados

Si en otro mundo todavía
Antología personal



el peso de la voz acostumbrada al eco,
el ámbar movedizo de un rectángulo de
[sol en la tarima,
comprendemos —sin dolor, con
[asombro
de lento aprendizaje— la historia del
[olvido
que vamos amueblando.
Igual las cosas que al principio.
Si bien un poco menos capaces ya
de subir al límite el volumen
a la melodía que estremece aún
toda la sangre. Asoma, sin embargo,
cierta emocionante intimidad en el
[silencio. Ganga
con un gramo (intermitente) de oro
al fondo del ordinario
lodo —el hilo alevoso de la realidad.
Insosegable Sísifo en trabajos de arena
[que no dura
tantos desmesurados castillos junto al
[agua.

El humo de las naves que han ardido
me cubre de cenizas la mirada
con un saldo sin retorno, el ancla
atada en la garganta de fantasmas
que habitan la cocina, el escritorio,
la austera cama y, últimamente,
la vertical venganza del espejo.

El olor de la tristeza
ha dejado su jardín en esta casa.
Tan manso su perfume está de vuelta,
me enseña sus jugadas sigilosas,
me abraza en su canción (monotonía)
jugando con papel a las palabras:
Nacemos solos y morimos solos.
Ante esta soledad todo es de paso.
Nos vamos sin decir cuanto sabemos
ni cómo es que venimos a olvidarlo—decía
en una edad que yo pensaba contundente.

He tirado la llave (la llave) de cierto mar
[sobre la arena.

Sin embargo, el desbarajuste
de otros pasos que despistan
al deseo, el curandero,
el humo, el armisticio, el momentáneo
[alud
de la alegría que vuelve a martillar
el simulacro de las cosas.

(Es la misma emoción, otros los
[nombres).
Supongo que el tiempo, arquitecto de
[desastres,
es también enfermero de sus víctimas,
[anestesiata
y dador de cuidados
a los peregrinos de la humilde
religión de los que olvidaban;
la necia devoción de los que juegan
y vuelven a apostar todo por poco,
antes que el tiempo recoja lo que es suyo
y que nosotros, distraidamente,
llamamos nuestra vida.

La higuera

Jorge Fernández Granados

creo que fueron los mejores años de mi
[vida
los que no comprendí
y sólo pasaron
aquel verano donde rompimos los
[frascos delicados de la infancia
aquellos días de sol
donde guerreamos y caímos
llenos de música de ruedas de sangre en
[las rodillas
ese lugar

veloz
donde no éramos sino velocidad
inventando vehículos para vencer
en el camino cuesta abajo
por esa áspera pista de tierra negra hasta
[golpear con el cuerpo
contra el tronco de la higuera

la meta era la vieja higuera
metros de locomoción por ese camino de
[tierra acelerados sólo por la gravedad
y el transparente combustible de sol en
[nuestros ojos
fija para siempre en esas ramas nudosas
[y desnudas

nuestra insignificante meta
aún tengo en la boca
el polvo de esos vehementes metros el
[vertical día
de un verano hacia el golpe de la gloria
y de algún modo inventamos vivir
aún ahí

en la milpa donde no éramos más que
[criaturas inquietas y salvajes aún ahí
en el lugar que ya no existe
sino en la memoria
de gente común como nosotros
que fuimos tanta velocidad
aquel verano de la higuera la furia y la
[primera vez
de las heridas y el vértigo y como si
[abriéramos allí acaso una alegría.
primitiva de rodar por la tierra y no sé es
[parecido a gritar es como si alguien
[pusiera en esa carrera
su juventud su miedo su amor su orgullo
con todo el cuerpo
bajo el cielo y el torturado esplendor
de aquella vieja higuera
donde pintamos un verano nuestra meta

los que no paran todavía de rodar cuesta
[abajo
los pilotos con ruedas rudimentarias de
[metal y las rodillas raspadas los que van
[con todo hacia el final del camino
[donde se levanta la vieja higuera esos
[pequeños desarrapados y sonrientes
[vehículos
desde los mejores años de mi vida. **U**